
Sobre arte y política

Tony Kushner y Susan Sontag

El siguiente texto es la transcripción de una conversación pública del dramaturgo Tony Kushner (*Angeles en América*) con la escritora Susan Sontag (*Contra la interpretación, El amante del volcán*). Dicho encuentro tuvo lugar en San Francisco en el marco de una serie de conferencias, *City Arts & Lectures*, en abril de 1995. El encuentro se hizo a beneficio de *The Women's Foundation*, una organización que apoya los proyectos sociales y culturales de mujeres jóvenes de bajos recursos en el estado de California. Lo reproducimos por la actualidad y relevancia que conservan los comentarios de los interlocutores en los temas del compromiso político, la justicia social y los derechos humanos.

Tony Kushner: Hablaremos sobre algunos temas agrupados generosamente bajo el título de "Arte y política". Aquí representamos a la alta cultura y a la cultura baja... Susan... (*Risas*)

Susan Sontag: Tony, no nos hagas esto.

Tony Kushner: Hay varias preguntas que siempre he querido hacerle, y voy a aprovechar esta velada para hacerlo.

Vivimos una época increíblemente difícil y peligrosa, lo que no es una novedad para nadie. Es cada vez más difícil levantarse por las mañanas, abrir el periódico y ver qué horrores nos han cocinado durante la noche. Quise venir aquí y hablar contigo acerca de lo que tu trabajo ha significado para mí todos estos años. Se me ocurrió que existe una contradicción en el centro mismo de tu obra, entre un aislamiento extraordinariamente hermoso, grande y profundo, que viene de una negativa a participar en la fórmula que generan las experiencias políticas compartidas. Una soledad modernista, una búsqueda del propio ser. Una melancolía semejante a la de Walter Benjamin, un crítico que admiras. En gran medida, esta soledad contradice un impulso vigoroso en tu escritura y en tu vida hacia el compromiso político, el cometido social y el activismo político, por cierto muy valiente.

Quise comenzar preguntándote acerca del desafío que tu trabajo parece oponerle al pensamiento partidario y también a la gente que se niega a participar en una lucha partidaria.

Susan Sontag: Esa es *la* pregunta. Toda mi vida se organiza, o desorganiza, en torno de esa pregunta. Para empezar, casi todo me causa siempre un conflicto tremendo. En cuanto se me ocurre una idea, pienso en la verdad de alguna forma distinta de pensar sobre el mismo tema. Desconfío de modo natural de mis propias certidumbres, de las posturas que quiero sostener y promover.

Hay también choques fundamentales. Pongo un ejemplo: para dar un salto enorme hacia un par de grandes abstracciones, existe, o puede haber, un conflicto muy real entre la verdad y la justicia. En ocasiones, ocuparte por completo de la verdad no te vuelve muy activo del lado de la justicia y viceversa. No digo que verdad y justicia se opongan. Pero hay situaciones en las que simplemente una y otra se sobreponen. Mi forma de arreglármelas con esto es vivir de cierta manera, aprendiendo de mis experiencias, con la información que éstas reciben de mis principios, más que tener primero una idea y luego aplicarla. No soy sólo una artista y una escritora. Soy también alguien con compromisos, y cuando los procuro y los pongo en práctica, ya sea que pueda aportar a estas acciones ciertas habilidades y el privilegio de por lo menos ser escuchada, lo que hago básicamente es funcionar como un ser humano, como un ciudadano. Creo en una acción justa, creo que uno debería hacer algo bueno. Seguro estás de acuerdo en lo difícil que es pronunciar estas palabras sin sentir un poco de embarazo.

Sin embargo —y hay un sin embargo—, no estoy segura de querer que mi trabajo sea medido con el patrón de que uno hace bien, con el de la acción justa. Hay otros imperativos, como el desarrollo espiritual propio o nuestra mayor individuación —otras palabras que es difícil utilizar sin ruborizarse. Algunas cuestiones que el arte aborda, que encarnan en muchas grandes obras de arte, parecen situarse más allá de la moralidad. Y si bien yo no deseo estar más allá de la moralidad en mi vida, sí quiero como artista confrontar ciertas cuestiones que están más allá de la moralidad.

Así que sí hay un conflicto. Pero creo que parte de él se resuelve diciendo, "Bueno, hago ciertas cosas —escribo, también dirijo teatro, he hecho algunas películas, lo que sea, actividad artística. Y después actúo, como ciudadana y como un alma". La esfera de la acción pública sugiere opciones que como artista bien podría no tomar.

Para insistir, Tony, tengo la impresión de que no te has preocupado tanto como yo por explorar esa parte de tu vida en la que no estás precisamente funcionando como escritor. Sé que tu espíritu se orienta admirablemente hacia lo público. Como recordarás, nos conocimos por primera vez en una especie de acción civil muy loca, testimoniando en una reunión algo desangelada del Consejo de Educación de la ciudad de Nueva York en contra de unos cortes monstruosos al presupuesto de la educación, mismos que afectarían drásticamente a estudiantes pobres y a estudiantes de color. Así que ambos hacemos estas cosas, ése es uno de los lazos que nos unen. Pero siento que tú te sientes más integrado que yo como escritor y como ciudadano.

Tony Kushner: ¿Hay verdades que mienten? Esta pregunta me la hago mucho estos días. Cada vez me cuesta más trabajo mantener la esperanza ante este siglo que decididamente se dirige a la autodestrucción. ¿Hay verdades que se sitúan más allá de la justicia o sólo formas más profundas y más complejas de justicia? Siempre supuse que las zonas más extrañas y oscuras en mí, las que no encajan bien, o no se sobreponen, como dices, en una agenda política, se podían comprender esforzándose lo suficiente por hacerlas entrar en un sistema de verdad más amplio y acorde con lo que entendemos como moral, justo y recto. ¿Es sólo una ilusión norteamericana? ¿Sólo una falsa esperanza?

Susan Sontag: Bueno, los norteamericanos somos muy devotos de esta idea de esperanza, ¿no es así? Esta es una sociedad construida sobre la noción de la nueva vida, la segunda oportunidad, la frontera, comenzar de nuevo, nacer de nuevo, siempre puedes cambiar, proponerte algo y lograrlo, todas estas ideas de superación y de automodelación que usualmente suponen romper con la propia historia individual o con el pasado, o con alguna historia colectiva, o identidad, como tu país o tu cultura de origen.

Y hay, o al menos había, una idea muy fuerte de justicia en este país. Pero creo que la mayoría de nuestras ideas sobre la justicia y la acción correcta suponían hacer a un lado la idea de la enorme capacidad de maldad en los seres humanos. No hablo de algo tan trivial como lo que es extraño, sea esto lo que fuere. Me refiero a la capacidad de matar, de herir. De ser totalmente insensible al sufrimiento ajeno, de disfrutar infligiendo ese sufrimiento. Ser cínico, carecer de piedad. La mayoría de la gente no desea la mala nueva de que los seres humanos poseen una enorme aptitud para esto. A los norteamericanos no les

gusta pensar que los seres humanos no son esencialmente buenos, o que los problemas no pueden tener una buena solución, que no pueden ser resueltos. No es que insistamos en los finales felices, pero sí queremos nuestro atisbo de esperanza. Queremos sentir que las cosas podrían salir mucho mejor si guardamos la actitud correcta y nos ajustamos bien el cinturón. He dicho que esto es particularmente cierto en el caso de los norteamericanos. Por supuesto, cierto grado de optimismo es de algún modo la base de toda acción, aunque sólo sea a la manera del viejo dicho: "Pesimismo del intelecto, optimismo de la voluntad".

Con todo, decir la verdad en arte te lleva a conclusiones más pesimistas. Puedes llamar la atención de la gente hacia la injusticia —eso es muy importante. Más importante aún, creo, es ahora mantener viva la capacidad de la gente para sentir, sentir de un modo más responsable que fácil. Cuando digo sentir no hablo de sentimentalismo. El sentimentalismo es totalmente compatible con la brutalidad y con lo despiadado. ¿No nos persigue acaso la imagen del comandante de Auschwitz, quien después de pasar un día entero clavando bayonetas en bebés y dirigiendo a la gente a las cámaras de gases, regresa a su casa, abraza a su mujer y a sus niños, y se sienta al piano para tocar algo de Schubert? Es perfectamente posible que la gente esté amorosamente ligada a sus familias y aprecie la belleza en el arte y pueda ser también capaz de una crueldad y una bestialidad inimaginables.

Debemos por ello ser muy suspicaces respecto a lo sentimental y a la "amabilidad". Existe una educación del corazón más profunda, la cual creo que el arte actual que aspira a ser serio debería promover, aunque por razones obvias promueve sobre todo lo contrario: la crueldad. No hay, creo yo, precedentes para la labor que hoy tiene pendiente el arte serio. Tal vez uno siempre piensa que la época que uno vive es la peor de todas. Pero, ¿no estás de acuerdo en que algunas épocas sí son peores que otras? Mucho peores. Vivimos en una cultura, alta y baja, decidida a insensibilizarnos. Tal vez convocando respuestas sentimentales, pero aun así volviéndonos insensibles. El arte retrocede así en parte a hacer algo que nunca antes habríamos imaginado que haría. Habríamos pensado que mantener viva la capacidad de ser serio, o de sentir verdaderamente, era algo que otras cosas en la cultura resguardaban o garantizaban. Pero no es así. Ya no lo es.

Y aun así, habiendo dicho todo esto, estoy de acuerdo en que tienes que tener algún tipo de esperanza. Y Tony, tu obra épica sí

ofrece esperanza. Seguramente una de las razones por las que *Angeles en América* ha conmovido a tanta gente, significado tanto para tanta gente, es la manera en que has mantenido este horizonte de esperanza, el cual incluso habrás sentido a veces más como una postura evangélica, que era importante expresar y hacer coherente, que como una postura que confiadamente pudieras defender como profecía.

Tony Kushner: Mucha gente ha respondido a *Angeles en América* diciendo que les emociona que al final ofrece esperanza. En lo personal me siento muy insatisfecho con el teatro que opta por lo que semeja un nihilismo muy fácil, pero enormemente desalentador, y que de ningún modo parece haber sido ganado. Por otro lado, expresar esperanza, como dices, puede volverse una postura evangélica; la tarea automática que te sientes obligado a cumplir al final de la obra, o el libro, o el ensayo que escribes: alguna puerta que dejas abierta. Por ello, cada vez me pregunto más acerca de los usos políticos de la desesperación. Sin embargo, algunas mañanas, cuando ya no puedo encontrar una razón particularmente buena para esperar —y en estos días hay mañanas como ésas— me pregunto si es o no políticamente irresponsable crear una obra que exprese esa desesperación.

Susan Sontag: Estoy de acuerdo en que mucha de la desesperación es gratuita. De acuerdo con mi propia experiencia, entre más vivo y trabajo en cosas diferentes, más debo reconocer qué tanto de lo que hago es reactivo. Estoy sujeta a la época en que vivo. Por ejemplo, en mis primeros quince años de escribir me fascinaban ciertas posturas extremas que parecían ser más profundas, más provechosamente críticas, que aquellas otras más conciliadoras o moderadas en su propósito y en sus ambiciones. No menosprecié el precio de adoptar estas posturas extremas. Piensa en Artaud, alguien que me fascinó por mucho tiempo. Es casi insoportable pensar todo lo que sufrió Artaud —Artaud el ser humano. Nunca olvidé eso. Ciertamente nunca pensé que la locura fuera la verdadera cordura, o cualquiera de esos clichés que uno oía en esa época. Pero me sentí fortalecida por lo que Artaud había extraído de su sufrimiento, de su ilimitada seriedad visionaria.

Pensándolo de nuevo, mi atracción por Artaud y por otros mártires de la poesía y el pensamiento era expresión de una sensación mía de cuan inerte e insípida era la mayoría de la gente. Lo que más me oprimía era que la gente no pareciera lo suficientemente preocupada,

que no se emocionara con nada. Así, mi atracción por algunas de estas figuras extremas y el trabajo imaginativo que hice basado en la idea de actos extremos era una afirmación de la pasión. Pensé: Esto puede ser una locura, pero al menos está vivo, es ambicioso, apasionado...

Luego, después de algo así como quince años, lo que comenzó a inundar mi conciencia, a oprimirme, ya no fue lo inerte, apática y estúpida conformista que podía ser la gente. La señal que me llegaba de la cultura era de algo aún más horroroso —la crueldad, el nihilismo gratuito, la fácil, demasiado fácil, aceptación de la violación de cualquier tabú sin considerar las consecuencias. Comencé así a dar marcha atrás, tenía que hacerlo. Para mí era claro que se estaba menospreciando toda la escala de la experiencia humana.

Esta revelación no correspondía a algo que estuviera sucediéndome en mi vida, donde realmente había una gran continuidad. De pronto descubrí que ahora uno tenía que defender cosas que yo creía podían darse por sentadas. Por ejemplo, el amor romántico. Eso es algo que por supuesto yo había dado por sentado, como lo habían hecho las películas hollywoodenses que me fascinaban en los cuarenta, cuando era niña. Nunca pensé que había que defender el amor romántico. O la ternura. Pensé, no hay necesidad de defender pasiones saludables: éstas se defienden solas. Pero luego vi, no sólo un descenso general del apasionamiento de todo tipo, sino un cinismo fácil, una aceptación de la extravagancia, un abandono de cualquier creencia en la racionalidad o la objetividad. No sólo se criticaban los valores de la Ilustración, la gente ya no entendía los valores de la racionalidad, como ya tampoco la humildad que acompaña a la creencia auténtica en la razón. Así que fue una cosa muy reactiva. Tenía que pensar en nombre de valores que hasta entonces había dado por sentados.

Cuando pienso que pasé siete años de mi vida trabajando en una edición crítica de Artaud, me doy cuenta de lo mucho que he cambiado, y la cultura también, desde aquella época. Apenas imaginé entonces que el odio a la racionalidad, la promoción de una violencia estúpida y la quiebra de tabúes se volverían valores mayoritarios de la cultura de masas. Creo que debemos tomar otra dirección. Tú, Tony, en tanto artista joven, pareces haber entendido desde el principio que tenías que abordar un campo de experiencia mucho más amplio y medular, como lo haces en tus obras.

Tony Kushner: Las fases que mencionas corresponden con finales de los cincuenta y principios de los sesenta en términos de...

Susan Sontag: Es cuando estaba en la universidad.

Tony Kushner: ...una sensación de nihilismo que hizo de los años sesenta los setenta.

Susan Sontag: Sí, eso fue a mediados de los setenta.

Tony Kushner: ¿Hay continuidad entre tu trabajo sobre Roland Barthes y tu trabajo sobre Artaud?

Susan Sontag: Sabes, yo no trabajé en lo de Barthes como en lo de Artaud, es decir, con una edición erudita, una nueva traducción, una investigación, un gran ensayo, sesenta páginas de notas, etcétera. Leí a Barthes. Me gustó su trabajo. No hay grandes problemas con su escritura. Es simplemente maravillosa. Leer a Barthes te vuelve más inteligente. Y es puro placer, al menos para mí. Reuní con su obra una antología, de la cual estoy orgullosa, pues está diseñada para mostrar cuan buen escritor es —como Valéry. Quise recusar la visión que coloca a Barthes bajo diversas etiquetas académicas.

Pero ya que me haces esa pregunta, se me ocurre que las figuras que mencionas son todas francesas. Supongo que lo que había en común en mi interés por Artaud y Barthes era mi idea de que en Estados Unidos no encontraría el alimento mental que tanto anhelaba.

Claro que habían ciertos escritores norteamericanos que desde un principio me importaron mucho. Cuando era niña, Poe era mi escritor favorito. Y Poe, particularmente el de sus cuentos, es de hecho en mi imaginación una de las influencias formativas. También hubo Whitman, que siempre me ha gustado, y luego Dickinson, y finalmente Emerson. Pero con todo, siempre pensé que las buenas cosas no se encontraban, en su mayor parte, en los Estados Unidos. Tienes que entender que crecí en la provincia estadounidense. Los únicos libros en venta en el pueblo en que transcurrieron los primeros trece años de mi vida estaban en la parte trasera de una papelería. Nadie me ofreció literatura. No vengo de una familia de lectores. Cuando descubrí los libros, eso tuvo el poder de una revelación. Y después de Shakespeare, los libros fueron en su mayoría clásicos europeos del siglo diecinueve y principios del veinte. Amé esos libros porque no hablaban de lo que yo conocía ni de donde vivía. Eran acerca de algo mejor y más profundo.

Los libros eran como cápsulas espaciales. Iban a sacarme de este mundo en el que la gente hablaba de Frank Sinatra y Gene Autry, y de

lo que iba a cenar. Los libros me enseñaban acerca de sentimientos y de normas. De hecho, nunca escuché un pensamiento elevado o una discusión verdadera sobre algo serio en mi entorno hasta que llegué a la universidad, que era Berkeley, pues para entonces mi familia se había mudado a California. Ahí encontré por vez primera a gente que había leído los libros que yo leía, y aprendí que Proust se pronunciaba "Prust", y Yeats se pronunciaba "Yates". Antes todo el tiempo había venido repitiendo en mi cabeza "Proust" y "Yits".

Supongo entonces que soy cosmopolita desde hace mucho tiempo. Pero tú también lo eres, Tony, y tus antecedentes son probablemente distintos a los míos. Te sientes muy a gusto en el pasado y en los temas europeos. A veces pienso que los norteamericanos tienen buena madera de cosmopolitas, tal vez porque para empezar somos como país una antología. Estamos hechos un poco de todo y por eso nos exportamos muy bien. Aun así, tenemos que entendérsela con este país y con lo que este país ha hecho de sí mismo, y no sólo por ser ambos originarios de este país, sino porque Estados Unidos ejerce una influencia enorme en otras partes.

Has escrito una obra maravillosa que ha tenido un impacto mayor en todo mundo que el de cualquier otra obra teatral en muchos, muchos años, y se llama *Angeles en América*, y la novela que estoy escribiendo ahora se llama *America*, y...

Tony Kushner: Y Larry Kramer está terminando un libro llamado *The American People*. Así que hay algo en el aire, supongo.

Susan Sontag: Pero no estamos haciendo esto como si fuera lo más normal del mundo. Tanto tú como yo somos gente que hemos recorrido un cierto trayecto para llegar a este punto. Lo que quiero decir es que aunque cronológicamente tu viaje no sea tan largo como el mío, siento que es parecido. Trabajaste en una obra de Corneille, *La ilusión cómica*. Hiciste una adaptación de *El Dybbuk*, de Ansky. Un clásico francés. Una obra polaca. Entonces tú también, yo supondría, has sido un escritor influido por modelos europeos, al menos tanto, si no más, que por cualquier otra cosa de la cultura norteamericana.

Tony Kushner: Aunque vengo de una familia que leía mucho. Tal vez por eso me siento todavía activamente empeñado en tratar de superar la política de mis padres e ir más allá de ellos. Sigo tratando de refinar algunos de esos aspectos que me parecen fatalmente atractivos, y me aterroriza la idea de acabar mis días como un liberal del *New Deal* (risas).

Susan Sontag: Tony, eso me parece bonito...

Tony Kushner: Y más y más exótico a medida que pasan los años.

Susan Sontag: La palabra no es exótico. Hoy tenemos una figura política prominente, Newt Gingrich, quien ha anunciado que su objetivo, aun antes de llegar a ser presidente, es anular el *New Deal*.

Tony Kushner: Y al mismo tiempo dice que su modelo personal de político es F. D. Roosevelt, lo cual es...

Susan Sontag: ¿Quién no ha dicho eso?

Tony Kushner: Lo sé. Es muy extraño (*risas*).

Susan Sontag: Ronald Reagan también dijo eso.

Tony Kushner: Escalofriante. Es la persona más alejada que podías mencionar.

Susan Sontag: No sé nada de tus padres, pero pienso que sería muy duro en las circunstancias actuales acabar como un liberal del *New Deal*. Realmente no es una opción. Uno tiene que lanzarse a algo más radical; de lo contrario, quedas barrido. Las fuerzas que hoy conspiran contra lo que a ti y a mí nos importa, la justicia y la verdad —o lo que percibamos como la compleja entrecara de esas cosas— son muy poderosas. Y están triunfando. Hablamos aquí en una zona del país donde la agenda liberal o progresista es más aceptable que en cualquier otra parte de los Estados Unidos, lo que incluye a Nueva York, la ciudad en la que tú y yo vivimos la mayor parte del tiempo. Pero esos valores corren aquí el mismo peligro. El país ha estado cambiando de modo muy amplio. Tal vez estemos en realidad viviendo en una nueva época. Eric Hobsbawm ha dicho que el siglo veinte fue un siglo corto, de 1914 a 1989. Eso significa que hoy llevamos ya seis años del siglo veintiuno. Ciertamente cualquier persona mayor de cuarenta años está viviendo en una sociedad fundamentalmente distinta a la sociedad en la que él o ella nació. Si andas por los cuarenta, y definitivamente si estás por los cincuenta o sesenta, las reglas básicas son diferentes de las que aceptaste, o al menos te inculcaron, cuando eras un niño. Aunque todavía no tengas cuarenta años, Tony, ¿esto te dice algo?

Tony Kushner: Sí, pero con todo aún lees cosas que hacen que te preguntes cuán diferente era todo eso. Si éste es un periodo de transición, entonces eso es a la vez verdadero y falso. Me parece que uno no quiere buscar soluciones en el pasado, y sin embargo, debido a la naturaleza reaccionaria de nuestros tiempos y por el terreno que he-

mos perdido recientemente, es difícil impulsar una nueva forma de organización social ya que necesitamos reconstruir lo que ha sido desmantelado. Uno tiene que remontarse hasta el federalismo para poder rebatir eficazmente el tipo de política del Congreso 104. Y me sigo preguntando acerca de los alcances del cambio que estamos presenciando. Sigue siendo cierto que a estas personas sólo las eligió una quinta o una sexta parte de los votantes. ¿Estamos viendo simplemente un país que ha sido desmoralizado y desmovilizado por la insípida administración de Clinton? ¿O asistimos a un cambio fundamental? Esa es la parte triste.

Susan Sontag: Lo que ha cambiado se ve reflejado en toda esta discusión acerca del presupuesto y del déficit. Ahora se acepta hablar de cuestiones éticas, cuestiones de justicia y del bienestar mental y físico de los ciudadanos, simplemente como asuntos fiscales —hablar de ellas en términos de si es posible hacer algo o si es económicamente racional hacer esto o aquello. Antes no sucedía así. Y no es como si el materialismo o el pensamiento básico fueran algo nuevo en la sociedad norteamericana —lean a Tocqueville, quien vino aquí hacia 1830. En este país siempre ha habido un materialismo fanático muy vigoroso, el cual se ha vinculado a nuestra forma de igualitarismo. Medir a la gente por el dinero que tenía, o por lo que podía comprar, era una forma de negar o de trascender la estructura tradicional de clase, la cual tiene que ver con el nacimiento, los modales, las actitudes, y los marcadores del gusto. Pero el materialismo —o si se prefiere, la ideología capitalista— ha cobrado un nuevo impulso desde los años ochenta. No hay restricciones. Tampoco zonas de interés protegidas. Se habla de todo tipo de cuestiones en términos de dinero, de ganancias, de un modo en el que jamás antes se había hablado. La gente reconoce hacer por dinero cosas que antes jamás habría hecho.

Se podría decir que ahora sólo se trata de una falla en la hipocresía, que sólo son más honestos de lo que solían ser. No lo creo. Pienso que hay un verdadero cambio de actitud. Tal vez sea la cosa más sorprendente que haya visto en mi vida. La muerte de la magnanimidad. Tengo la impresión de que a la mayoría de la gente le parece ahora ajena, casi incomprensible, la idea de que puedas hacer algo por un principio, algo altruista, sean cuales fueren los incentivos materiales para hacer lo contrario, o el grado de inconveniencia o incomodidad o de peligro personal. “Mis principios me dictan que...” o “Mis princi-

pios me prohíben que..”, “Creo que esto es lo correcto, y por ello voy a hacerlo...”, o “Tengo que hacerlo aunque sea peligroso.” Este tipo de lenguaje, de pensamiento, se está muriendo. En realidad carece ya de sentido para la mayoría de la gente.

Ni siquiera la virtud del coraje, que solía considerarse algo en sí admirable, puede llenar ya el vacío. La mayoría de la gente piensa, para qué ser valeroso si no hay necesidad de ello, o si no hay nada qué ganar.

Tony Kushner: ¿Pero no piensas que el grado en que la gente esté dispuesta a sacrificarse dependerá totalmente de lo mucho que crean que dicho sacrificio será muy benéfico?

Susan Sontag: No, no lo creo. Ahí está nuestro primer desacuerdo. No pienso que la razón de mi compromiso en Sarajevo, que para mí ha significado pasar ahí buena parte de los últimos dos años, haya sido porque pensara que eso traería algo bueno. Quiero decir, para mí es como ser voluntaria, con responsabilidades paramédicas en un albergue de sida. A la gente le gusta que la visiten. Soy esta extranjera loca que regresa una y otra vez. No tengo necesidad de hacerlo: no soy una periodista cubriendo algo, y tampoco soy “yo, la escritora”, la que está ahí. Sucede solamente que para estas fechas ya conozco allí a mucha gente. Les da mucho gusto verme. A mí me da gusto verlos. Significa algo, incluso para la gente en Sarajevo a la que no conozco personalmente, que yo siga regresando. Pero en términos reales, no significa nada. No cambia nada. No lo hago porque piense que es una contribución a la buena causa, o porque sea algo particularmente efectivo. Lo hago porque creo que uno debe hacer cosas como ésta aun cuando no se logre algo bueno. Déjame ponerlo de esta manera: lo bueno que se logra es afirmar la posibilidad de ese tipo de acción. No es que piense en los resultados que lograré con mi proyecto de escuela primaria en Sarajevo...

Tony Kushner: No.

Susan Sontag: ...lo cual es una de las cosas que hago allá, trato de organizar alguna educación básica en los proyectos de conjuntos habitacionales que tienen sótanos relativamente seguros en los que se puede educar a los niños; casi todas las escuelas están cerradas, debido al gran número de niños muertos por granadas o balas perdidas en los salones o en los patios. Pero debo decirte que la última vez que estuve ahí, en noviembre y diciembre de 1994, todo ese proyecto se vino abajo. Después de más de dos años de sitio —y tienes que imaginarte la vida

diaria sin luz, agua potable, calefacción, correo, teléfono, casi sin comida, con un bombardeo constante, y tantos muertos y heridos, y un terror constante—, parece totalmente comprensible que la gente se encontrara en un estado de desesperación catatónica. Puedes iniciar algo. Y... nadie se presenta. Están de acuerdo en asistir. Y luego no pueden hacerlo. Así que de hecho, el trabajo que estuve haciendo la última vez fue todo un fracaso. No produjo nada.

Tony Kushner: Hay una gran diferencia entre decir que honestamente creías que eso nunca significará nada en ningún lugar del universo, y decir que... Por ejemplo, se podría decir que en realidad uno hace un gran bien visitando gente en un albergue de sida. Y aun si no estás consciente de una retribución inmediata para tu inversión de tiempo y valor, de riesgo personal, crees que tu acción podrá, de algún modo... Derrick Bell lo dice de manera muy hermosa: Te comprometes en la acción incluso sin tener en absoluto la manera de saber que finalmente vas a....

Susan Sontag: Tienes razón, tienes razón. Estoy exagerando. Hablo aquí en realidad de algo angustiante y tal vez por eso recurrí a la analogía del sida. Y es que por supuesto lo que uno desea es salvarlos. Así de loco. Uno quiere salvarlos. Cuando vas a un albergue de sida, realmente no dices “No estoy haciendo nada valioso”. Por supuesto que no es cierto. Estás haciendo algo que vale la pena. Lo importante es poder seguir haciéndolo.

Cuando digo esto, siento ganas de retomar la primera pregunta acerca de por qué escribimos y por qué hacemos cosas y por qué hablamos en público. Porque todo eso es una forma de seguir haciendo algo.

Pero en eso hay otra parte. Quiero contarle al público lo que hacíamos antes de llegar a este escenario. Desde alrededor de las siete y media, Tony y yo estábamos sentados en un pequeño vestidor. No estábamos enfrascados en nuestra larga conversación sobre dietas. Hablábamos acerca de si uno puede escribir en casa o si uno necesita verdaderamente salir cada mañana a una oficina. Resultó que ambos habíamos descubierto —a regañadientes, supongo— que eso funciona mejor si sales de tu departamento —donde para empezar estás solo— para sentarte, solo, en algún cubículo de una oficina. Eso es lo que Tony me dijo que había empezado a hacer, y yo le decía, “¿Dónde está tu oficina? ¿Crees que hay otra en renta en el edificio?” (*Risas.*) Y esto

es también parte de lo que estábamos hablando hace poco. Hablamos de seguir haciendo algo y al mismo tiempo de realizar un tipo de trabajo que confirme, como dijo Kafka, que "Nunca puedes estar lo suficientemente solo para escribir".

Pero, ¿por qué es esto cierto? Hay en nuestra cabeza muchas voces, mucha gente. Pienso que escribir surge, primeramente, del deseo de emular. Es porque a uno le gusta la literatura, porque a uno le gusta el teatro, que uno ama cualquiera que sea el arte que uno practica. Y luego está el que uno lo hace para los demás. Me siento muy halagada cuando la gente me dice que lloró con el final de *El amante del volcán*. En ese momento siento que es eso lo que más quiero que produzca mi escritura. Con ello quiero decir, la fraternidad de sensación, de seriedad, de compasión, que se transmite por la receptividad al arte y a la literatura. Esto me parece más fascinante que las inquietudes que a la gente se le ha enseñado a valorar en esta sociedad, como hacer dinero y volverse receloso de su vecino y armarse de distintas maneras, literal y metafóricamente.

Hacer cosas es pues abrirse, salirse de uno mismo. Y al mismo tiempo supone volver a entrar en ti mismo, pues de qué otra forma vas a saber dónde están las cosas buenas. O si no penetras muy a fondo en ti mismo —lo que supone tal vez dejar tu departamento acogedor para sentarte en algún cuarto oscuro de oficina que has rentado para el caso— si no vas a ese lugar estarás entonces repitiendo el mismo zumbido público. Quieres ir a otro lugar más original. Hay por supuesto muchas cosas originales que son bastante irresponsables, o esa variante, "Bueno, lo haré porque nadie más lo ha hecho". No hablo de esa originalidad. Quieres hablar a otros, conectarte con, y apoyar, lo que en ellos hay de mejor y más profundo.

Tony Kushner: Es muy difícil ir de un lado a otro, de los profundos lugares interiores al mundo exterior. Me parece muy difícil estar políticamente comprometido y trabajar duro en un proyecto, ya que te aíslas, te cortas, y a menudo las energías, la marcha, el ritmo de la escritura están realmente reñidos con la energía de organizar o con la energía de...

Susan Sontag: Déjame hacerte una pregunta, ya que tu medio principal es el teatro, y digo "principal" porque presiento que las obras de teatro no serán tu único recurso en la ficción. Pero por ahora escribes teatro y eso es lo que hay que montar. Por ejemplo, ha habido ya incontables producciones de *Angeles en América*, muchas de las cuales

seguro habrás visto. ¿Es porque una obra puede interpretarse de tantas maneras distintas por lo que en parte has decidido escribir para el teatro? Porque no eres tú quien se ocupa de las cuestiones de escena, tú prefieres no dirigir tu propio trabajo, aunque sé que has llegado a hacerlo. Prefieres ser el escritor y dejar a los demás el trabajo de dirigir. ¿O preferirías controlar al máximo tu propio trabajo si pudieras clonarte y estar en muchos lugares diferentes?

Tony Kushner: Prácticamente hablando, no hay forma de en realidad... bueno, no lo sé. Hay gente que ha dirigido bien su propio trabajo. Pero creo que hay problemas con eso, incluso un problema de tiempo. Soy un escritor muy, muy lento, por lo que me toma demasiado tiempo escribir una obra como para gastar después todavía más tiempo pastoreándola por el mundo. Escribo obras de teatro porque no soy muy brillante, y no hay muchas palabras en la escritura de un guión (*risas*), bueno, excepto en *Angeles en América*.

Susan Sontag: Hay una razón que podrías utilizar en lugar de ésta otra ridícula de que no eres muy brillante: No te gusta escribir descripciones. Eso es lo que una vez me dijo Heiner Müller: La razón por la que escribo obras de teatro —por supuesto, escribe otras cosas también— “es porque me aburren las descripciones. Me gusta ir al grano, directo al diálogo”.

Tony Kushner: Tiene mucho, mucho valor al no escribir descripciones. Entre más trabajas en teatro y entre más ves lo que la gente hace con tus obras, si no describes mucho, entonces (*risas*)... Empiezo a ponerme como Eugene O’Neill —cada palabra se acompaña de indicaciones escénicas. “Entonces dices esta palabra de este modo, y luego esa palabra...”

Susan Sontag: “Suavemente”.

Tony Kushner: “...suavemente, tranquilamente” (*risas*) “con estudiada indiferencia hacia ella, Don apuntó su (*risas*) cosa”. Pero, es cierto. Cuando escribes para el teatro estás creando para un cierto tipo de intelectual perezoso y atolondrado. Pero es una buena forma, porque escribes algo y luego se lo das a todo un grupo distinto de gente que le atribuye un nivel de significado que no está necesariamente en el texto (*risas*). En ocasiones se trata de un significado con el que preferirías no se asociara tu nombre...

Me aterroriza la idea de escribir una novela. De hecho estoy pensando en escribir una novela, pero...

Susan Sontag: Lo sabía. (*Risas*)

Tony Kushner: ...pero realmente me da miedo escribir.

Susan Sontag: Bueno, escríbela en la primera persona.

Tony Kushner: Eso es... lo más aterrador de todo. Eso parece como una confesión interminable, como entregar mis peores secretos, los más cariñosamente resguardados. Tendería más bien a hacer un ejercicio deficiente, inspirado en *Moby Dick*, con muchos fragmentos y montones de cosas atiborradas.

Susan Sontag: Y mucha información.

Tony Kushner: Mucha información, seguro.

Susan Sontag: La pregunta es, si las cosas son tan distintas, ¿qué sucedió entonces? Y esas gentes que suponemos nos llevaron a la ruina, ¿no somos, después de todo, nosotros mismos?

Mi respuesta sería que existe algo llamado política, algo llamado economía, y un algo más que es la concentración del poder en unas cuantas manos. Me preocupa que mucha gente sensata haya sucumbido a un populismo ingenuo en el que terminan pensando, bueno, todo ese mal lo hace, ya sabe usted, gente. Y que hay gente como uno, y luego otro tipo de gente que no es tanto como uno, etcétera. ¡Como si el mundo no tuviera estructuras!

El hecho es que vivimos en una cultura cuyos valores respaldan al nihilismo —muy bueno para el consumismo— la cual también está organizada de modo muy ingenioso. Esta cultura, esta organización del poder, se llama capitalismo. Capitalismo nuevo estilo, pues el capitalismo ha evolucionado. Hay allá afuera un mundo nuevo que estructuralmente es un mundo en realidad diferente. El auge del capitalismo global, que ha transformado esencialmente a la nación-estado y reducido drásticamente a la soberanía nacional, es la gran realidad de nuestro tiempo. No se trata de personalidad, ése es sólo el gran engaño y distracción para hacer que todo mundo piense que la personalidad y la biografía personal es todo lo que interesa, todo lo que cuenta. No se trata de tipos de personas. De si a usted o a mí nos gusta o no Clinton. No se trata de sentirse indignado y llamar a nuestros amigos e ir con ellos a una manifestación. Se trata del poder, de quién lo tiene y con qué intereses se ejerce.

Mucha gente me dice: Es verdaderamente terrible que no hayamos hecho nada por Bosnia. Sabemos lo que sucede, hay tanta información sobre Bosnia, tantas imágenes preocupantes de Sarajevo sitiada, y todo mundo simplemente se sienta frente a sus televisores

para ver lo que allí sucede. “No hicimos nada”. Llegado ese punto tengo que decir: “Por favor, usted no sabe cómo funciona el mundo”. ¿*Nosotros* no hicimos nada? Bueno, no somos *nosotros* los que teníamos que hacer algo. Fueron unas cuantas personas las que tomaron la decisión de dejar a Bosnia libre de poder morir. Comencemos por entender que un número muy pequeño de personas en el planeta —dos mil, a lo sumo— son las que toman todas las grandes decisiones, las que deciden de la vida y la muerte de poblaciones enteras, de culturas. Y no las toman con cabildeos o con la movilización de la opinión pública.

No quiero decir que las iniciativas locales y las manifestaciones no tengan ninguna consecuencia. Pero estaríamos engañándonos si pensamos que alguna vez hubo vida pública y que la gente salía y manifestaba y lograba que las cosas estuvieran mejor, y que ahora ese brío está apagado y que todo mundo se queda en casa con los juegos de video. Como ya lo dije, en los últimos quince años ha habido en el mundo cambios estructurales muy fuertes, de naturaleza muy importante —sobre todo en la economía—, que explican mucho de lo que está pasando y de lo que se decide en el mundo. De lo que parece ser la política. Y la cultura. Hasta no tener una concreta comprensión política y económica de lo que sucede, sólo estaremos siendo sentimentales acerca de lo que son nuestras opciones y nuestras posibilidades.

Tony Kushner: Exacto. Aunque son innegables los cambios globales y no sabemos a ciencia cierta hacia dónde nos dirigimos o qué va a resultar de todo eso, pienso que es de una importancia increíble que en este momento particular no concluyamos que hemos fallado. Se requiere acción, al menos en este país, acerca de cuestiones locales sobre las que podamos incidir directamente y con urgencia. Hay un movimiento de resistencia que se construye contra Washington en estos momentos. El gobierno de Clinton ha sido un desastre en muchos aspectos, pero todavía creo que hay un cuarenta por ciento de la gente en este país que no desea este tipo de antigobierno. No sólo es posible resistirle, sino absolutamente necesario.

Susan Sontag: Desafortunadamente, no creo que la resistencia tenga algún efecto hasta que mucha más gente se sienta mucho más inconforme. Pero eso puede llegar muy pronto. En Washington, algunos periodistas me han dicho que la gente de Gingrich piensa que ha-

brá grandes disturbios en las ciudades, si no este verano, sí el próximo. Y que todo esto les caerá en las propias manos, de modo que la gente dirá, "Mira a esos animales, a esos salvajes. Le están prendiendo fuego a sus propias tiendas, las están asaltando". Etcétera. Es interesante que *ellos* crean que habrá una reacción ante este incremento de la depauperación de muchísima gente en este país.

Persona del auditorio: ¿Vive esta época como si en ella las cosas hubieran cambiado, o tuvo esta sensación toda su vida?

Tony Kushner: ¿Vivir esto, en el sentido de dónde estamos ahora?... Bueno, nunca imaginé que una hora y media pasaría tan rápido porque hubo puntos de desacuerdo y no hubo tiempo para resolverlos. Aún así, tiendo a ser optimista, e incluso más después de la hora y media, más que Susan. De hecho yo comencé no de Europa a Norteamérica, sino en Norteamérica, y ahora estoy pensando en marcharme. Estoy pasando claramente por un tipo de transición inmensa, como ya lo dije. Me aferro a cosas que me brindan esperanza. Creo que hay una vigorosa base de resistencia al nuevo orden mundial y que tomará tiempo movilizarla. Y estoy de acuerdo con Susan en que desgraciadamente la gente tiende a movilizarse después de que los cuerpos comienzan a apilarse en las calles (de Sarajevo), y que tal vez sucederá lo mismo esta vez. Se está creando una resistencia temprana y todo aquel que puede hacerlo debiera unirse a ella de todo corazón. Miro hacia atrás, hacia los años sesenta, en los que realmente no participé porque era un niño en Louisiana, miro allá con una suerte de nostalgia por aquel nivel de movilización social. Pero creo que la nostalgia no es necesaria; es también un antecedente con el que habría que tomar distancias.

Susan Sontag: Ya que hablamos de cómo eran las cosas y de cuánto han cambiado, me gustaría mencionar una vez más la aceptación, radicalmente magnificada, de la violencia. No es sólo que la gente ya dé por hecho una violencia atroz. La aprecian; la consumen. ¿Qué dicen las cifras... que antes de llegar a la preparatoria, un niño norteamericano cualquiera habrá visto por televisión 20 000 asesinatos? Por eso debe parecer muy normal, perfectamente humano, casi cómico, que un individuo que tiene deudas por cinco mil dólares, un antiguo cartero, vaya a la oficina de correos, le dispare a cinco personas, mate a cuatro de ellas, y luego, con los cinco mil dólares que obtenga del robo pague meticulosamente sus deudas al día siguiente. Esto sucedió en Montclair, Nueva Jersey,

hace dos semanas. Y cuando lo atraparon —cosa que sucedió inmediatamente, ya que una de las cinco personas a las que disparó, aunque quedó horriblemente herida, no murió y pudo identificarlo—, dijo: “¡Es que tenía que obtener el dinero rápido! ¡Tenía una deuda enorme!” Uno tiene la sensación de que para mucha gente la violencia es ahora... una solución. No importa mucho matar a alguien. El asesinato siempre ha existido, seguramente. Lo que es diferente ahora es la noción de que no es tan importante. Véase *Pulp Fiction* [*Tiempos violentos*].

Tony Kushner: Sí, exacto.

Susan Sontag: Me asombra que prácticamente todo mundo ve *Pulp Fiction* simplemente como una película encantadora, ingeniosa, inteligente, bien hecha, y es todo eso... (*aplauzo*). Pero tiene tanto miedo de no ser novedosa, que hace que todos pasen por alto las razones por las que es encantadora, ingeniosa, inteligente y bien hecha. Permítanme dirigirme a quienes entre ustedes tienen más de cincuenta años. ¿Creen que habrían podido imaginar hace treinta años cuando iban al cine, o hace cuarenta cuando eran niños, que algún día la película de la que todos dirían, “Al fin, un cineasta hollywoodense inteligente”, “esto va a revivir al cine norteamericano”, “esto nos da esperanzas para el futuro de la industria”, cosas como ésas, sería una película sobre personas masacrándose unas a otras por cualquier cosa? No digo que la masacre no sea un tema válido. Lo que al menos a mí me asombra es el silencio en torno de la pretendida normalidad del tema.

Tengo una idea acerca de por qué a la gente le parece tan encantadora esta película horrorosamente brutal. Dos cosas. Una de ellas es que se trata de la película más daltoniana que hayamos visto en mucho tiempo, y eso parece algo positivo. La otra es que en medio de este pandemónium se afirma algo acerca de la pareja. Recuerden que cuando Bruce Willis regresa de su viaje al infierno, ni siquiera se toma la molestia de importunar a su chica de calendario con la historia de lo que acaba de vivir. En lugar de eso le pregunta con una preocupación genuina si consiguió los *pancakes* por los que moría; le preocupa que ella se haya frustrado mientras él estaba fuera. La ama. Y eso es muy conmovedor.

Mencionaba antes el nexo entre sentimentalismo y brutalidad. Hay un fondo sentimental en el corazón de *Pulp Fiction*, en la representación de la relación tipo pareja de los dos matones a sueldo, y de las parejas conyugales, y todo esto te prepara para la aceptación del nihilismo como principal historia dramática de nuestro tiempo. ¿No sentiste eso?

Tony Kushner: Bueno, además de ser *Pulp Fiction* muy aterrador y violenta, me pareció de un racismo muy obvio y deprimente, e increíblemente homófoba. La sodomía es lo único que puede reunir...

Susan Sontag: Exacto.

Tony Kushner: ...a estos dos seres totalmente opuestos. Me pareció una película espantosa, y llegó a provocarme asco (*aplauso*).

Susan Sontag: Pero no olvidemos *Forrest Gump*. Alguien me dijo que *Forrest Gump* y *Pulp Fiction* son las dos caras de Norteamérica. ¡Qué idea! ¡Qué cultura! *Forrest Gump* dice que es bueno ser idiota porque ser listo no te conduce a ninguna parte, y es para los demás amenazante y puede ser para ti también desagradable. De este modo, una película ensalza el encanto de la estupidez, y la otra el encanto de la crueldad.

Tony Kushner: Pandemónium

Susan Sontag: ...y más pandemónium. Por supuesto no es que la gente no siga con sus vidas y sus inquietudes no estén reflejadas en estas películas. Pero no creo que puedas decir, "Se trata únicamente de entretenimiento". Después de todo, si la publicidad funciona, lo cual es el caso, entonces también funciona el arte, y de la misma manera. Estas imágenes y estas historias tienen una influencia sobre nosotros; crean legitimidad y credibilidad. Lo que solía ser central se vuelve marginal, difícil de defender. Regresaré a una cuestión que señalaba, y es que a pesar de que mucha de la gente que conozco es realmente capaz de actuar según sus principios, la mayoría no podría defender lo que hace por sus principios. Ya no tienen un lenguaje para la acción ética. Se ha colapsado, se le ha abandonado. En su lugar, se han vuelto centrales en nuestra cultura nuevas formas de cinismo y de crueldad, de insensibilidad ante la violencia. Y eso es un cambio. En mi opinión, un gran cambio.

Traducción: Carlos Bonfil